

POR UN INSTANTE

Félix Grande

El cante de Camarón era un pentagrama desde las tinieblas de la desesperación y el desconsuelo. Pocos han visto reír a Camarón

"Di tu palabra y rómpete". Esa frase de Nietzsche estaba dentro del corazón de Camarón de la Isla. Toda su vida cantó su palabra de una manera tan inmediata, tan inexorable, que parecía como si siempre hubiera sabido que sea palabra le rompería la vida y en el estallido sobrevendría un reguero de sangre. Hace años, cuando le preguntaron a la cantaora Tía Anica la Piriñaca qué sentía cuando cantaba a gusto, la vieja jerezana famosamente respondió: "Cuando canto a gusto me sabe la boca a sangre". En ese sentido, nadie en nuestro tiempo ha cantado más a gusto que Camarón. Todo en su arte era sanguinario, incluso la ternura, tan fastuosa en su voz. Todo en su arte era trágico. Todos sus sonidos estaban asistidos por el desamparo y emponzoñados por la fatalidad.

Cuando en 1934 Federico García Lorca, asomado con el coraje de la sabiduría y de la inocencia al abismo del cante flamenco, descubrió que el cantaor sólo puede hallar su duende en el fondo del desamparo, en "las últimas habitaciones de la sangre", Camarón no había nacido todavía. Pero al nacer recordó, nadie sabe cómo, esas palabras de Federico, las hizo suyas y se echó a vivir en la desgracia, en el desamparo; es decir: en la autenticidad. Desde la autenticidad que otros llamarán suicida y que nosotros preferimos denominar suntuosa, Camarón llevó al cante flamenco a ese barranco en donde los hombres sólo saben y sólo quieren hacer tres cosas: pedir limosna, pedir socorro y pedir venganza. Limosna contra la soledad radical; socorro contra la turbulencia del sufrimiento de toda conciencia verdaderamente desnuda, y venganza contra este destino (en lenguaje flamenco es más preciso: el sino) que nos pone sobre la vida con ansia de eternidad y de felicidad y que sin embargo nos golpea, nos quiebra y nos mata. El pavoroso seguidor Manuel Torre supo que el flamenco está lleno de "sonidos negros". El cante de Camarón era un pentagrama desde las tinieblas de la desesperación y el desconsuelo. Pocos han visto reír a Camarón. Algunos hemos

logrado verle alguna sonrisa. Una sonrisa en la que había muy poca paz y muchísimo desengaño. Era el desengaño del que desde el fondo de su alma ya sabe que todo en esta vida se termina, y la vida también. Era el desengaño de quien no consigue nunca ignorar que somos desvalidos y finitos, que somos casi casuales y que a la muerte no podemos llevarnos ni siquiera una sonrisa de nuestros hijos. El arte de Camarón era un aullido de la filosofía, un monumento a la condición humana, un obelisco a la derrota. Pero también fue un combate extraordinariamente valiente por arrancarle a la fatalidad instantes de eternidad y de belleza. Cada uno de sus cantes es una breve eternidad. Cada uno de sus cantes es un suspiro en el que estamos fuera de tiempo, en el palacio en donde el candor, la inocencia y el entusiasmo nos untan pomada en las heridas de nuestro corazón; un suspiro durante el cual conocemos a la felicidad y nos despedimos de ella. Camarón, tremendo filósofo, supo siempre que todo está perdido, pero también, como el ser fraternal que es todo artista de genio, miró a la desgracia a la cara y, apretando los puños, se abrazó a ella para conmovérsela y la besó en la boca para convertirla en una amante sombría y acongojada. Cada cante de Camarón fue un beso del artista en la boca de la desgracia. Por entre la saliva de ese beso horroroso y maravilloso se derramaba su cante flamenco, horroroso y maravilloso. Lo escuchábamos horrorizados y maravillados. Mientras oíamos esos cantes éramos momentáneamente inmortales. Camarón decía sus palabras rompiéndose, y esa fractura estañaba las nuestras. Su desconsuelo era consolador. Su desesperación apaciguaba. La infinita tristeza de su voz ponía en nuestros silencios la reparación del sosiego. Alguien, Camarón de la Isla, sufría por nosotros, y esa generosidad, por un instante, nos liberaba de nuestro infortunio.

Félix Grande (Mérida, Badajoz, 1937) es poeta, narrador y ensayista. En 2004 le fue otorgado el Premio Nacional de las Letras Españolas

